

Capítulo VIII

DECANATOS

MARIO REJTMAN FARAH: Ejerciste la función de Decano en dos oportunidades.

AGUSTÍN GORDILLO: Fueron dos brevísimos decanatos. Aceptar ambos fue un error de mi parte. Uno fue en el '69, como Decano de La Plata y otro en el '73, cuando fui decano en Buenos Aires.

Este cap. se complementa con lo expuesto en el Libro I de este t. 10, cap. XIII, § 2, p. XIII-2 / 308 y § 3, p. XIII-5 / 311 y ss. Ver la nota introductoria de la p. 555 de este volumen.

En el primer caso había estado fuera del país muchos días, así que no sabía todo el desastre que había con el gobierno de Onganía. Un conocido mío, que dejaba el cargo, me propuso. Después me dijo que si hubiera sido antes amigo mío no hubiera propuesto mi nombre, porque realmente era un polvorín. Traté de comportarme democráticamente, en un gobierno obviamente autoritario. Esto dio lugar a miles de problemas con el Rector aunque él, sin embargo, se portó como un caballero. Porque, al aceptar, le advertí que si no estaba conforme conmigo, me lo dijera y renunciaba. En algunas cosas no le hice caso. Traté de manejarme con apertura, pero en un clima imposible. Con lo cual, me echaron. Pero como argumentó entonces el Rector, “es una buena persona, no lo pueden echar,” me aceptaron la renuncia que el Secretario Académico había anunciado a los diarios en cuanto vió la noticia que fue determinante. Su sentido del tiempo fue impecable. Fueron dos meses de tensión, problemas, reclamos, represión de todo tipo. Curiosamente, para mostrar los argumentos *ad hominem* o de autoridad, el haber sido Decano de La Plata fue utilizado positivamente por el jurado que me nombró titular en la Universidad de Buenos Aires en el '69. O sea, a pesar de haber estado dos meses, fue un argumento para ser titular.

En el '73 fue distinto, porque ahí estaba VANOSI en la Universidad y él me propuso ante la renuncia de quien era hasta entonces decano de Derecho, que lo hizo diciendo que “un cono de sombra avanza sobre el país.” Yo no era de los que habían votado al gobierno que había ganado las elecciones con un 70% de votos,

pero sí creía, como creo hoy, en la democracia. Entonces me pareció que de un régimen más duro había que hacer una transición a un régimen más blando, para que no fuera tan abrupto.

MRF: ¿De qué manera se dio finalmente ese pasaje?

AG: Traté de hacer esa transición. Creo que en algún sentido lo logré, pero en definitiva fue fallido también, porque una semana antes del 25 de mayo, en que se producía el recambio, los estudiantes o ciertos grupos, tomaron la Universidad y no pude entrar más, ni siquiera a mi despacho. Después vino una batahola con lo cual no hubo ninguna transición. También estaba desinformado ahí.

Creo que esos dos errores me llevaron a ser después un asiduo lector de periódicos. ¿Para qué? Para conocer el ambiente, para saber como están las cosas y poder tomar decisiones en función del contexto y no equivocarme tanto. Por ejemplo, me invitaron recientemente a participar en un congreso internacional oficial. El año pasado, que también me habían invitado, tuve que preparar muy cuidadosamente mi intervención para no cometer imprudencias ni tampoco decir nada en lo que no creyera. Me costó mucho trabajo armar eso. Porque había muchas cosas para criticar y yo soy normalmente crítico. Ahí no podía. Entonces tenía que hacer otra cosa. No tenía ganas este año de volver a hacer el mismo ejercicio, sobre todo no tenía ganas de ir cuando no estaba más OSVALDO GUGLIELMINO como Procurador del Tesoro, quien entonces me invitaba.

Para no ser confrontativo en el rechazo, dije que aceptaba pero que debían pensar muy bien porque soy presidente de un tribunal arbitral en que la Nación es parte. Me parecía que no era elegante que yo vaya a un acto, así sea académico, de la Procuración del Tesoro o, al menos, sin preguntarle al abogado de la parte actora e invitando también a los tres miembros del tribunal. Después, surgió un viaje a Ginebra por lo que ni siquiera pude asistir al congreso y así lo comuniqué. Pero toda esta prudencia y cautela es consecuencia de la lectura de los diarios, que es lo que no hice cuando acepté los dos decanatos.

MRF: Imagino que la función de decano tiene, de todos modos, bastantes limitaciones.

AG: En La Plata era decano interventor, o sea tenía las facultades del Consejo Académico. Por lo tanto, la única limitación era la que el rector pretendiera imponer. Pero de hecho la propia dinámica de una universidad intervenida hace imposible al rector manejar a los decanos. Y cuando lo intenta, el decano hace lo que quiere, o sea, obedece o no obedece. Me acuerdo que había autorizado una asamblea de estudiantes y me llama el rector de la UNLP para decirme que venían protestas marchando por la calle. Épocas de mucho tumulto. Le comento que en la Facultad la asamblea de estudiantes había sido lo más tranquila. “¿Asamblea de estudiantes? Termínela inmediatamente.” Se quería morir, porque por supuesto

en aquel entonces no se admitían, pero yo lo pude hacer. Después me pidieron hacer un acto académico, en el cual hablaron un profesor, un estudiante y un egresado. Me dijeron que eso era volver al gobierno tripartito, y ahí fue donde me tuve que ir. Y esa fue la causal de mi renuncia anticipada por el Secretario a los medios, con precisión de relojero, como lo comenté en mi primera respuesta de hoy.

MRF: ¿Cuanto tiempo ejerciste, en esa oportunidad?

AG: Dos meses. Ciertas cosas breves de mi vida parecen haber durado largo tiempo.

MRF: ¿Te habías propuesto un plan de acción o alcanzar determinados objetivos?

AG: No. Diría que era una mera administración, como el administrador de una quiebra o de un concurso. Tratar de aflojar las tensiones. Autoricé en ambos casos asambleas estudiantiles. Fui a ellas. Solo siempre, ni siquiera con algún funcionario, totalmente solo y en las dos me respetaron. Después, cuando intenté volver a La Plata en el '73, traté de seguir dando clases pero me esperaban los estudiantes en la puerta de la Facultad para decirme que no me dejan entrar. ¿Por qué? Por haber sido decano de la dictadura. Entonces les pregunto “¿Por que no revisan lo que hice y mis actos y van a ver que no he hecho nada en sí mismo objetable?” Su respuesta fue que precisamente porque habían revisado todo es que me estaban recibiendo cortésmente y con respeto. Porque si no, “me hubieran tirado por la escalera,” en su figura de lenguaje. Pero lo cierto es que no pude entrar.

MRF: Has sido o sos amigo de muchos de los decanos que estuvieron en funciones a partir del 83.

AG: Sí.

MRF: A partir de la experiencia que ellos te transmitieron, ¿cómo resumirías los comunes denominadores o las improntas relativas a la función del decanato?

AG: Creo que hay algunas notas comunes que son la actitud abierta, pluralista, participativa, democrática, tolerante. En ese sentido, me comporté como ellos. Lo que sucedió es que ellos tuvieron la posibilidad de hacer cosas más profundas que yo, por las circunstancias en las que ejercí ese cargo. Cuando fue decano EUGENIO BULYGIN, que fue quien constituyó otra vez los claustros democráticos, ahí estuve en el Consejo. O sea que me incorporé a la Facultad en el '83 de nuevo, con relativa paz, digamos, y aparentemente si bien nadie está muy convencido de mis dos decanatos, lo cierto es que, a pesar de ello, sigo siendo reconocido en la universidad.

MRF: Se impuso la idoneidad profesional y tu trayectoria.

AG: Es lo que pasa con tres directores que tuvo el *Buenos Aires Herald*: COX, GRAHAM-YOOL y después JAMES NEILSON. Lo que dijo COX cuando presentó el libro que su hijo escribió sobre él, es que era uno libro que él no pudo escribir, porque fueron demasiado fuertes esos años. Tener miedo por la vida constantemente, realmente no da ganas de volver a hablar, revivir aquello.

GRAHAM-YOOL hizo un libro que se llama “Memorias del miedo” que es espeluznante, al mismo tiempo poético, pero espeluznante, y a su vez JAMES NEILSON escribió dos libros sobre el proceso militar y vos ves, en ambos, el miedo que había en aquella época.

MRF: Hoy a más de 30 años de democracia, y con una Facultad pluralista, democrática, ordenada, ¿cuáles pensarías que deberían ser las prioridades de quien ocupe ese cargo? ¿Qué rasgos o atributos, en tu opinión, deberían marcar la gestión de quien asuma esa función?

AG: Creo que tratar, de alguna manera, de conseguir pautas de cada vez mayor seriedad, de mayor exigencia y de mayor tecnificación. Lo cual para mí, como siempre, es computación e inglés, cosa que se hace en menor medida, tal vez porque son cuestiones que demandan mucha inversión. Pero hay que lograr también una modificación cultural y eso es difícil de hacer. Es lo mismo que no enseñar transmitiendo información, sino dando casos, problemas, tareas que haya que pensar, razonar, no “recordar.” Tareas y problemas o casos a resolver con libro abierto. Esa propuesta la hice en el Consejo Consultivo de la Facultad en 1984 y sólo logré que se aceptara como criterio de implementación progresiva y de algún modo voluntaria. La ordenanza está vigente pero se cumple muy poco.

Se halla publicada en el t. 6, Libro I, pp. Mét-Res-1/5, http://gordillo.com/pdf_tomo6/01/resolucion.pdf. Hay referencias a ella en la sección I, “Mails.” En el presente t. 10, Libro I, se trata muchas veces el tema de enseñar a pensar, no exigir información memorizada.